

con impaciencia. Esta nueva guerra merece observarse bajo dos puntos de vista capitales : sus marcadas diferencias provenientes de ciertos descuidos estratégicos, del todo extraños al sistema que dió tanta fama á los talentos militares de Federico, y su remarcable paralelo con la gran guerra de 1866, pues una y otra se libraron sobre el mismo terreno en el cual Benedeck, por parte del Austria, tuvo la mision de oponerse á la invasion de la Bohemia. En 1778, Federico penetró en el país, casi por sorpresa, y por los mismos medios de que se han valido sus sucesores 88 años mas tarde. Lo mismo que ellos, tenia un ejército demasiado crecido para un sólo movimiento, sobre caminos mas ó ménos tan impracticables como las montañas del Gigante. Su Comisariato en aquella época podia admitirse como una obra maestra de organizacion, y sin embargo no pudo del todo contar con la eficacia de su cooperacion, á pesar de haber tenido á la mano los recursos de las provincias, acopiados con abundancia durante un período continuado de 15 años, pero insuficientes para abastecer, como base única, á un ejército de 200,000 hombres. Debido á esto, mas bien que con el fin de preparar una defensa, habia distribuido, desde ántes de la ruptura con el Austria, la mitad de sus tropas en la parte de Silesia que confina con Bohemia y la otra mitad en Sajonia, cuyo elector venia á ser su natural aliado. El ejército con un efectivo de 100,000 hombres, formidable por su valor y su estatura, no ménos notable en aquella época, que en la presente, particularmente los contingentes de Brandenburg y Pomerania, mas terrible aún por su perfec-

ta disciplina y la reputacion de su general, emprendió su movimiento bajo el mando de su rey y caudillo, partiendo de Glatz á Nachod y Skalitz.

Un segundo ejército casi tan numeroso como el anterior, incluso el contingente Sajon, penetró en Bohemia á las órdenes del príncipe Enrique, que habia dignamente secundado á Federico en la reñida lucha de los siete años. La vía por la cual atravesaron se hallaba libre de todo obstáculo, y tan accesible como en la última campaña de 1866, no obstante las ventajas naturales de un terreno susceptible de defensa. El rey pasó por Nachod y Skalitz sin la menor resistencia por parte de los austriacos, llegando del mismo modo hasta los bordes del Elba, en donde domina hoy al rio la imponente fortaleza de Josephstadt. El príncipe Enrique encontró iguales facilidades en su travesía por Münchengrätz y Journau; ni un solo uhlan en toda esa vasta extension abandonada en lo aparente al avance del invasor. Una jornada mas y ambos ejércitos al siguiente dia se habrian dado la mano cerca de Gitschin, punto tan importante entónces, como hoy, porque allí exactamente convergen los caminos principales que conducen al interior del país; y 200,000 prusianos, dirigidos por el general mas hábil de aquella época, una vez reunidos, habrian librado su primer batalla sobre las suaves eminencias al Este de Horzitz y Sadowa. Tal movimiento, sin embargo, no podia efectuarse con la misma facilidad de los anteriores y á tal punto pareció impracticable, que aún el mismo Federico lo conceptuó como un problema insoluble. Los generales austriacos Lacy y Landon se hallaban interpues-



tos en posiciones defendibles, escogidas y preparadas de antemano, con un ejército cuya fuerza fué calculada en 250,000 hombres. Se habia previsto con anticipacion el designio de los invasores, y con tiempo los austriacos dispusieron una vasta línea de atrinchamientos formidables, contra los cuales los experimentados batallones prusianos se habrian debatido en vano. El Elba, cerca de Königgrätz, cubria la derecha ó flanco del Este. El centro comprendia una extension de 25 millas sobre la parte mas elevada del rio en su curso hácia el Este, despues de desprenderse de la cadena de montañas en Hohenelbe; y de este punto seguia otra línea de colinas fortificadas hasta tocar, en la direccion Este, el rio Iser arriba de Turnaw, formando una parte principal de la defensa en la extremidad izquierda ó flanco del Este, y prolongándose al Sud por Münchengrätz, que fué exactamente en donde tuvieron lugar los sucesos del 27 y 28 de Junio de 1866, referidos con tanta fluidez por el entendido Capitan Hozier. La línea, pues, así descrita se hallaba defendida en una extension de 60 millas, mas ó ménos, por las tropas del emperador, cubriendo un vasto semi-círculo, aprovechado por los aliados segun la forma del terreno, con toda la destreza y los detalles del arte de la fortificacion, que las guerras de posicion del siglo XVII habian hecho familiares á los generales austriacos. Seguramente esta era la parte saliente de su escuela militar, y en el ejemplo que nos ocupa, manifestaron con especial ventaja sus aprovechamientos. Palizadas, falsas escarpas, inundaciones, y reductos de todas clases cubrian por duplicado

y triplicado las posiciones mas débiles de la línea, imposibilitando el ataque de Federico, que lo juzgó impracticable despues de largos y frecuentes reconocimientos.

En verdad, su conducta en esta ocasion, fué muy distinta de la del Federico de veinte años ántes. Necesitamos apegarnos á la opinion de los escritores de la época, para convenir en que la disminucion de sus facultades y del brio habitual de otros tiempos habian sido desmejorados por graves y prolongados quebrantos de salud, ó seguir á sus panegiristas que no han hecho mas que copiar sus memorias personales, (porque su pluma alternó siempre con su espada en la defensa de su propia causa) escritas calculadamente para formar la opinion de la posteridad y en las que, al tocar esta campaña, asegura haber creído de buena fé en el logro de los objetos que la motivaron, sin necesidad de afrontar los riesgos del combate, ni la superflua efusion de sangre en una gran accion de guerra.

La verdad es que al terminar su gloriosa carrera de aventuras militares, Federico se presentaba como batido á su vez ante los adversarios á quienes en su juventud dió tan duras lecciones sobre el campo de batalla. Las seis semanas siguientes se emplearon principalmente en el transporte de subsistencias, desde los distritos montañosos á retaguardia de los prusianos, hasta las posiciones situadas entre las obras de defensa, que habian contenido su avance, y los desfiladeros que, sin obstáculos, habian franqueado dias ántes. Las únicas operaciones militares que se emprendieron fueron las infructuosas tentativas del príncipe Enrique,



con las tropas ligeras, para romper la línea del Iser, y un movimiento de la derecha con el ejército prusiano, dirigido por el rey en persona, sobre las posiciones de Arnau, tratando de flanquearlas, penetrar hácia la cabeza del Iser y efectuar de este modo la reunion de los dos cuerpos divididos; pero la impracticabilidad de los caminos y las formas naturales del terreno frustraron completamente la operacion.

Los forrajes y los víveres, entre tanto, llegaron á agotarse en aquella reducida faja de territorio, en la cual se hallaban confinados los invasores, y siendo superior el consumo á los repuestos que llegaban con frecuencia, la primera semana de Setiembre encontró á los prusianos en plena retirada por los desfiladeros de Frankenau á Landshut, el rey á la cabeza, y al príncipe Enrique hácia Sajonia por la misma línea de que se habia servido al abrirse la campaña.

Los generales austriacos se dispensaron de las ventajas que les hubiera proporcionado la persecucion de la prolongada línea de retirada, á través de los inundados desfiladeros que las lluvias del otoño habian hecho mucho mas dificultosos al pasaje de los trenes, sin duda porque temieron comprometerse mas allá de sus inespugnables gargantas, tratándose de un ejército demasiado formidable, aguerrido y disciplinado, para suponer que su espíritu hubiese desmejorado por el simple hecho de una operacion frustrada. Federico, aunque vencido en sus cálculos por esta vez, mantenía con vigor su carácter de defensor de los derechos alegados por los Estados menores, teniendo en expectativa la alianza de todos ellos contra las ambiciones del Austria y el consiguiente

aumento en el peso político de su reino. El emperador se manifestó satisfecho con el éxito de la defensa, puesto que no intentó obtener ventajas ulteriores en el campo de batalla; y su madre, palpando con un entendimiento claro y previsor los riesgos del futuro, le aconsejó que aprovechara la oportunidad del momento para tratar de un arreglo capaz de terminar un estado de cosas tan embarazoso. Las negociaciones comenzadas con cierto desden por ambas partes, no tardaron en interrumpirse; pero renovadas en seguida con mejor acuerdo se logró conducir las á un término satisfactorio.

En virtud de él, el Austria renunció á sus pretendidos derechos sobre la Baviera, indemnizándose, sin embargo, con una fraccion ribereña de territorio en el Bajo Inn, entre sus Estados hereditarios y el Electorado, que debia continuar independiente bajo el gobierno de sus príncipes, á la vez que á la Sajonia y Mecklenburg se les asignó una compensacion pecuniaria.

La corta pero sólida adquisicion ganada por el Austria, distaba mucho de las proporciones que el emperador dió al principio á sus reclamos, sin corresponder por otra parte, al éxito de la campaña algo exagerado por sus generales; y en cuánto á Federico, si algo perdió de su gran prestigio militar en esa exangüe campaña de su ancianidad, llamada familiarmente "guerra de las papas," al ménos encontró en sus resultados políticos algo que le consolara, con la admision por parte del Austria, de hundir su imperial poder en una simple y nula presidencia de la Confederacion. Desde entónces las diferencias que surgieron con los Estados menores debian tratarse y ventilarse en los mismos términos



que con los poderes extranjeros, sometiéndose mas bien á las reglas comunes de la diplomacia, que á los tribunales especiales que de hecho quedaban abolidos, á la vez que la Prusia reconocia el poder de la Confederacion, con la esencial y primera condicion de su consentimiento previo á todo lo que el Austria intentara dentro los límites del imperio, representando un gran centro al cual refluirian los elementos hostiles contra el emperador, caso de que la constante rivalidad por el predominio de la Alemania diese lugar á la renovacion de las hostilidades.

Ménos feliz que Federico, que tan hábilmente ejerció el poder de su fuerza en vigorizar la influencia de su reino, su sobrino y sucesor no pudo aplicarlo en otras partes del continente durante algun tiempo, sino con escasísimos resultados. Apénas habia ascendido al trono Federico Guillermo II (1787) cuando estalló la guerra civil de Holanda, dando lugar á la intervencion de la Prusia en los asuntos domésticos de un estado vecino é independiente. Sus bien organizados batallones no tuvieron la mas pequeña dificultad en apoderarse del país, deponer el partido popular y restaurar en el poder al Estatúder, lo cual dió al nuevo rey la doble satisfaccion de ver aumentado el peso moral de su política en Europa, y sostenido el principio del derecho divino, tan querido al primer monarca de su línea, como á él y á todos sus sucesores.

La segunda reparticion del infortunado reino polaco vino á producirle un provecho mas material, bajo la direccion del poco escrupuloso ministro Hertzberg. No tenemos espacio para difundirnos sobre una materia,

que comprende una de las páginas mas oscuras de la historia de Prusia: su pretendida alianza con la Turquía y la Polonia contra la Rusia y el Austria; el empleo de los suecos contra dicha alianza y de la insurreccion belga contra la Suecia; y la final y repentina posesion á mano armada, de concierto con sus supuestos adversarios, del precio de sus dobles intrigas. Dantzie y Thorn, distritos hacia tiempo codiciados, por hallarse anexos á las bocas del Vístula, fueron el precio de su complicidad en esta espontánea expoliacion, llevada á efecto con un fraude mas diplomático que el anterior en que Federico habia tomado parte. La necesidad de estado, que es la disculpa de los tiranos, es la única justificacion que los historiadores prusianos han tenido á la mano, para ocultar toda la fealdad de esta mancha en los anales de su país. Las profundas heridas infligidas por la espalda á su desdichada vecina no han podido hasta hoy cicatrizarse; y el ejemplo funesto de una política tan singular ha seguido sirviendo de punto de partida, siempre que se ha tratado de destruir por la fuerza el derecho de los pueblos débiles.

Imitando á sus predecesores, tanto en la administracion personal de los asuntos domésticos, como en la política extranjera, Federico Guillermo fué el avisado instrumento de la restauracion al servicio de su país de cierto ex-oficial predestinado á representar un gran papel en las glorias militares, despues de la muerte del que lo habia despojado de sus títulos.

Hallábase en la Pomerania, en uno de sus paseos provinciales, cuando casualmente excitó su curiosidad la apostura y marcial desembarazo de un elegante caballero



montado en un hermoso corcel, como ninguno de los de la comitiva real, y que á la sazón pasaba evidentemente con el designio de atraer hácia su persona la atención del soberano. Blücher, que no era otro el personaje en cuestión, había sido separado de los cuadros quince años ántes, por el Gran Federico, inexorable en materias de disciplina, á causa de los términos irregulares con que expresó lo que en su concepto envolvía una posterga perjudicial á su carrera. El intrépido húsar, en quien se habían arraigado profundamente los hábitos de la vida militar, soportaba con pena su situación actual, esforzándose, en lo posible, por hacerla ménos mortificante. El rey tuvo empeño en informarse acerca de la personalidad de un individuo, cuyas trazas se hallaban en tan abierta contradicción con el aspecto provincial, y el resultado de estas investigaciones fué, que se advirtiera á Blücher su reposición en el servicio, con orden de incorporarse á las filas en calidad de mayor de caballería.

De este modo el ejército pudo contar con un hábil escuadronista, suficientemente apto para mantener en las guerras futuras el elevado prestigio que Ziethen y Seidlitz habían dado al arma en los días de Federico. Ningun ejército en el mundo tuvo la fortuna de producir, en el espacio de medio siglo, tres generales tan eminentes, como estos, en la dirección y manejo del arma caballeresca.

La intervención de la Prusia en los negocios de Holanda había cesado apenas de excitar la atención de Europa, y la repartición de la infortunada Polonia permanecía aún incompleta, cuando estalló en el Oeste la

estruendosa tempestad destinada á extinguir por algun tiempo las rivalidades y animosidades de los poderes alemanes, abatidos por la humillación, enseñándoles, por la comunidad del sufrimiento, el odio y el temor suscitados por un enemigo extranjero, á concentrarse en la unión disuelta después de cincuenta años de existencia. El antiguo imperio de los emperadores había tenido que postrarse á los golpes rudos de los ejércitos republicanos. El compacto y poderoso reino del Norte, sostenido con tanto vigor y energía por los Hohenzollern, sucumbió á su vez quedando por muchos años encadenado al dominio del vencedor. Un nuevo general, con un sistema moderno de combate, apareció en la escena eclipsando las hazañas de Federico y confundiendo á sus ejercitados y aguerridos batallones. Una audaz y ménos escrupulosa diplomacia que la del Gran Elector, estaba reservada á cambiar del todo el mapa europeo, removiendo sus antiguos límites. La revolución apareció produciendo un génio, Napoleón; y el regulador de los destinos de la Prusia retrocedió estupefacto sospechando su final derribo.

Hertzberg, el entendido ministro á quien Federico dejó el cuidado de los asuntos extranjeros, permaneció por algun tiempo indeciso y poco inclinado á la adopción de una medida contra el nuevo orden de cosas inaugurado en Francia. La Prusia contaba hasta entonces con ocho millones de habitantes repartidos en sus dispersos territorios: su ejército, aunque numeroso para la defensa, no podía exponerse por sí solo á la invasión de su peligrosa vecina, en la cual Marlborough, con elementos superiores, obtuvo resultados tan contra-



rios á sus esperanzas ; además, se necesitaba ante todo asegurar adquisiciones más extensas sobre el Vístula. Solo una alianza con el Austria contra la revolución prometía ventajas inmediatas al nuevo emperador, cuyas posesiones belgas aún resentían los efectos de la rebelión en que José II las había dejado, ofreciendo un libre acceso, en caso de provocar las hostilidades con Francia, con la demolición de sus fortalezas. En tal estado de incertidumbre permanecía la Corte prusiana, cuando la violación de los derechos sagrados de los reyes en la persona de Luis XVI, después de su fuga á Varennes, determinó á Federico Guillermo á acudir á su socorro, abandonando la vida inactiva é indolente que tan mal sentaba entonces á las costumbres de los monarcas prusianos. Al efecto, mas que nunca, tomó empeño en mezclarse personalmente en la diplomacia de su tiempo, iniciándose en la famosa conferencia de Pillnitz (Agosto 1791) y preparándose en seguida para reunirse á Leopoldo en la intervención armada, que la libertad temporal acordada al soberano francés, difirió hasta el próximo verano.

La gran influencia del nombre de Federico en los ejércitos de aquella época, ha podido comprenderse en la primera parte de este libro. Sus instrucciones en materia de tácticas fueron observadas rigurosamente ; los detalles de su administración copiados al pie de la letra, bien que su espíritu se hubiese extinguido con la vida de su augusto autor. Sus generales, aunque de avanzada edad, se consideraron, por necesidad, como maestros del arte. No es extraño que, por la primera vez los alemanes vieran las tropas de su em-

perador conducidas bajo la dirección de un comandante en jefe prusiano ; ni que la fuerza que penetró en la Champagne, en 1792, fuese juzgada por amigos y enemigos como irresistible, tan solo porque el cuerpo principal se componía de batallones prusianos. Las recientes levadas francesas habían sido desgraciadas en sus primeras tentativas contra Bélgica, pero los emigrantes arribados á los campamentos de los aliados, no dieron, por su parte, muchas muestras de su sanguíneo temperamento, llegado el momento de efectuar la oferta, á sus libertadores, de un camino fácil y seguro para llegar y apoderarse de la capital que los había expelido.

La llegada de Federico Guillermo al campo de Brunswick fué la señal para el avance, y el motivo de una proclama jactanciosa contra la revolución y sus fautores, que, "*por un acontecimiento, decía, de los más raros en los actuales tiempos, el poder absoluto ha caído en manos de una facción turbulenta, que ha inaugurado el reinado del terror con la rabia y el desenfreno de las pasiones más detestables.*" De cómo los resultados de esta empresa aliada fueron del todo contrarios á los que se supusieron al emprenderla, es inútil referirlo extensamente.

El estado mayor prusiano, contando demasiado con la prometida cooperación, descuidó el sistema de los embarazosos, pero prudentes repuestos de subsistencias, con que Federico tuvo siempre la precaución de preparar sus movimientos ofensivos ; y la tropa aglomerada en un territorio inhospitable, sufriendo á la intemperie los rigores de un tiempo inusitadamente malo, perecían á millares consumidas por el hambre. Las



enfermedades desarrolladas por la miseria y la falta de abrigo, y la inexplicable vacilacion del rey, ó de Brunswick, en Valmy, frustraron del todo la expedicion, dando un triunfo trascendental á la revolucion francesa.

Desde el dia de ese gran suceso, los ejércitos republicanos aumentaron con rapidez, no solo en moral sino tambien en número, formándose gradualmente por sus generales un sistema moderno de tácticas, destinadas á reemplazar las que Federico habia legado á la Europa, y llevadas á su perfeccion bajo las hábiles manos de Napoleón, para derribar con ellas, uno á uno, á los ejércitos de los grandes poderes europeos.

Los tristes resultados de la expedicion austro-prusiana en 1792, causaron en Europa una sorpresa semejante á la de 1866, cuando el repentino y casi eléctrico desenlace de la campaña prusiana en Sadowa. Goethe, contemplando el campo al siguiente dia de la batalla de Valmy, hizo observar, con su instintiva sagacidad, el cambio que acababa de operarse en las fuerzas del Universo. Amargamente humillado con el desastroso é inesperado éxito de la empresa encomendada á la diestra direccion de Brunswick, el rey de Prusia, con mas exactitud que ántes, pudo medir y comprender la verdadera potencia de su reino, arrepintiéndose de su transitoria adhesion al Austria, á quien, siguiendo la política tradicional de sus antecesores, habia tratado siempre de relegar y deprimir. Su honor personal se hallaba empeñado de un manera tan profunda, que á su pesar tuvo que admitir, como un recurso de retirada, la alianza que él mismo se habia procu-

rado, y que en la actualidad aparecia mas robusta con la declaracion de la Holanda y la Inglaterra contra la revolucion francesa. Debido á esto, durante la encarnizada lucha de los años subsecuentes, los ejércitos prusianos formaron siempre en las filas de la coalicion, sin serle, sin embargo, de gran provecho. La Europa absorta observaba con sorpresa á un poder, reputado entónces el primero y sin rival en el arte de la guerra, que en sus campañas se conducia de una manera tan débil y extravagante, que aún la pobre y ridiculizada estrategia de Coburg y York parecia, comparativamente, una obra maestra.

Los escritores austriacos han sostenido, y sostienen aún, con buenas razones, que las derrotas de estos generales al invadir el Norte de la Francia en 1794, y la pérdida de Bélgica y Holanda, que fueron su consecuencia, se debieron en gran parte y mas bien á las dificultades provenientes de la tibieza y pesadez de los prusianos, que á las diferencias suscitadas entre los jefes coaligados, ó á la superioridad de las maniobras del enemigo. Estos reveses, sin embargo, dieron á Federico Guillermo motivos poderosos para retirarse de la contienda en la cual la Prusia, sin ganar nada, habia dado lugar á la invasion de sus provincias del Este por un enemigo victorioso. Desde entónces, no se volvió á hacer mérito, ni recuerdo del primer entusiasta impulso por la revindicacion de la magestad ultrajada; la imperfecta naturaleza de su alianza con el Austria habia producido una irritacion siempre creciente en la correspondencia de sus diplomáticos, todo lo cual contribuyó á que la insurreccion polaca, acaudillada por Kosciusko